

En las Tierras Altas de Escocia,
la calma es el verdadero botín.



El guía Lewis Faulkner, acompañado de su labrador Cluny. Página siguiente:
la majestuosidad de las Tierras Altas sobre el río Gairn.

DE PESCA

TEXTO DE J.R. PATTERSON

FOTOGRAFÍAS DE KORENA BOLDING





Hay una acuarela en la Galería Nacional de Arte Moderno de Escocia, en Edimburgo, titulada *Un pescador junto a un lago* (*A Fisherman Beside a Lake*). Pintada por William Leighton Leitch en 1848, muestra a un personaje descansando a la orilla de un cuerpo de agua quieta y una caña de pescar apoyada sobre las rodillas. Es irrelevante si se trata de alguien local o de un viajero, o si el sol apenas está naciendo o ya se está poniendo. La orilla sepia y el castillo derruido al fondo transmiten la sensación de que el tiempo ha dejado de importar, recordatorio de lo dichosa que puede ser la vida.



Equipo facilitado por Gleneagles. Todo lo necesario para la pesca con mosca en James Crockart & Son. Página anterior: el río Erich en Blairgowrie.

Al mirar la acuarela, envuelta en el aura bucólica del silencio y la quietud, ya no le vi sentido a permanecer un minuto más en la ciudad.

Esto no es una diatriba contra Edimburgo, un lugar de lo más acogedor. Sólo que, como ocurre en cualquier visita a una metrópoli, me vi sometido a la constante insistencia en *lo imperdible*: lo que no puedes dejar de ver, de hacer y de comer. Todas esas cosas insoslayables transforman el viaje, a veces, en una versión ritualizada del éxito. Y sí, sí disfruté los museos y las librerías, y también los negronis de The Garden, en el Kimpton Charlotte Square Hotel. Sin embargo, se me iba el santo al norte, anhelando aunque fuese un poco de aquello que los locales llaman *wheesht*: el silencio.

La pesca con mosca atrae a toda clase de personas: al amante del aire libre y al entomólogo, al tecnócrata y al bohemio. Todos buscan algo, y no estamos hablando necesariamente de peces. En mi caso era silencio. Sabía por

experiencia —en Canadá, Tanzania o Brasil— que la pesca es la forma más pura del silencio, un pasatiempo en el que hablar no lleva a nada. Dado que esa actitud ante los viajes, que en el fondo es una actitud ante el tiempo, tiene rasgos asociales, y dado que la máxima “¡Olvida la ciudad!” es el grito propio del provinciano empedernido, le pedí a S., mi pareja, que me acompañara para no aislarme tanto durante los 10 días que pasaríamos en el campo.

Nos fuimos, pues, de Edimburgo con rumbo al norte. Una hora más tarde entramos en Perthshire, donde tengo familia. Su propiedad, con vistas al valle del río Tay, ya ofrecía algo de calma rural. Era primavera, y la savia ascendía por los árboles y les encendía las ramas con brasas de brotes pequeñitos. La canola (*Brassica napus*) y los narcisos (*Narcissus*) florecían en amarillo, y los astrágalos (*Astragalus danicus*) se extendían como llamas púrpuras a lo largo del camino y reptaban por los muros de piedra.

El Tay es famoso por la pesca de salmón, que va de mediados de enero a mediados de octubre. Para ello necesitaba equipo, y la recomendación local fue buscar James Crockett & Son, una tienda de armas y aparejos rebotante de *tweed* y cuero, en el cercano pueblo de Blairgowrie.

—¿Cómo va esa pesca? —le pregunté a Robert Jamieson, un hombre imponente que ha estado al frente de la tienda desde 1968.

—Empecinadamente mal —me respondió.

—¿En serio?!

Por un momento pensé que se trataba del humor áspero característico de los escoceses, pero a lo largo de nuestra conversación fui entendiendo que, más bien, era nostalgia por la época en que los ríos eran indómitos, las cañas se fabricaban con palo verde y uno podía pasarse el día pescando para luego parar en el *pub*, zamparse todas las cervezas que quisiera y volver a casa dando tumbos. Otra era, sin duda, muy distinta a estos días de tolerancia cero y de capturar para luego soltar. Y, como para enfatizarlo, de la pared colgaba una réplica del salmón récord de 29 kilos que la enfermera Georgina Ballantine sacara del Tay en 1922.

“Pues sí, ya no hay monstruos así”, dijo Jamieson. Al consultar más tarde el *Fisherman's Map of Salmon Pools on the River Tay* de Nigel Houldsworth, leí que la mayoría de los “salmones monstruosos” se capturaron entre finales del siglo XIX y la década de 1940, mucho antes de los tiempos del mismo Jamieson. Aunque las cosas ya no sean como antes —¿acaso lo han sido alguna vez?—, aún hay peces en el río y todavía algunos disfrutamos buscarlos. Yo ya los había visto en las aguas que bordean las carreteras.

Quizá Jamieson percibió mi desánimo. “En este momento están picando en el Ericht —dijo con un dedo apuntando en dirección al río. Al calzarme las botas de vadeo, me lanzó un elogio de lo más escocés—: ¿Sabes qué? Te quedan fantásticas”.

Para pescar en Escocia hace falta permiso: los derechos de pesca pertenecen al dueño de las tierras colindantes con cualquier segmento de cualquier río. Las agencias especializadas cuentan con contactos por todas las Tierras Altas para los viajeros. Yo encontré, a través de mis familiares, un par de tramos en Goldcastle y Waulkmill, gestionados por un palacio majestuoso situado en las lindes del río. Con todo, ni en dos días conseguí que picara nada en el Tay. La primera mañana remontó el río una bandada de gaviotas, que se zambullían de vez en cuando para llevarse algún pobre alevín, dejando detrás una estela de carnadas, como humo blanco.

El segundo día apareció en la orilla un pescador (con mosca) de Perth, recién salido del trabajo, y me soltó un comentario irónico: “El animal de Escocia es el unicornio, pero debería ser el salmón. Los dos son igual de raros”. Caía ya la tarde, cuando pensé en el escritor y pescador estadounidense Thomas McGuane. Él le recomendaba a cualquiera que estuviera esperando el tirón de un salmón atlántico que mejor “reflexionara sobre las ventajas de los servicios, la buena cocina y las toallas limpias”.

No tardé en convertir sus reflexiones en realidad y me fui en busca de S., quien había estado recorriendo los jardines del palacio. Siguiendo entonces otra recomendación local, cruzamos el condado de Perthshire hasta The Glentworth Lique Restaurant, un poema gastronómico con estrella



Desnudo y hombre, de Picasso, en The Fife Arms. Página anterior: tweed para las mañanas frías; George Hamilton, guía de Gleneagles.

“El animal de Escocia es el unicornio, pero debería ser el salmón. Los dos son igual de raros”.

Michelin que el chef Mark Donald le rinde al campo escocés. Como compensación por mis nulos resultados en el río, nos dimos un festín de vida marina local: crujientes de caparazón de langosta, tartaletas de almeja navaja y ostiones a la parrilla, entre otros manjares.

NOS FUIMOS DEL VALLE DEL TAY POR UNOS DÍAS Y continuamos hacia el norte, hasta llegar a Braemar, en el corazón mismo de los montes Cairngorms. En cuanto se asoma el verano, este pueblo diminuto se desborda de atletas que participan en los Highland Games y también de los curiosos que merodean por los terrenos del castillo de Balmoral con la esperanza de codearse con la realeza. Pero a finales de abril, cuando la nieve aún corona los picos ondulados y sigue amenazando con hacer sus últimas apariciones en forma de remolinos en el aire, reinaba el silencio. Las chimeneas ardían día y noche en The Fife Arms, una posada de diligencias victoriana. Los botones, enfundados en *plus fours* de tweed, pantalones bombachos que llegan cuatro pulgadas (10 centímetros) por debajo de la rodilla, se apresuraban por los pasillos, mientras los meseros susurraban a los comensales dulces promesas acerca del *T-bone* de Aberdeenshire. Es el tipo de lugar donde el *kilt* se toma en serio.

Todavía no me sentía listo para guardar la caña, así que organicé, por medio del hotel, un día de pesca de trucha con mosca en el cercano Invercauld Estate, sede ancestral del clan Farquharson. En una mañana ventosa, Lewis Faulkner, *ghillie* de pesca de Invercauld —así llaman aquí a los guías—, nos llevó en una Land Rover Defender maltrecha hasta los confines de la propiedad. Ante nosotros se extendía un paisaje ocre de brezos (*Calluna vulgaris*) herrumbrosos, mientras que el musgo de turbera (*Sphagnum*) ofrecía la firmeza voluble de un colchón y, de vez en cuando, un urogallo rojo (*Tetrao urogallus*) soltaba al aire un desconcertante estallido de energía. Nos apostamos en el Gairn, de aguas tan claras que veíamos su lecho dorado. Tenía algo de hipnótico, como contemplar una hoguera, pero no había peces. Lewis, un joven estoico e inmune al viento, nos llevó a cada poza que se le ocurrió, pero, aun así, hacia las cinco de la tarde emprendimos la retirada con las manos vacías.



Empecé a intuir un patrón repetitivo. ¿No habría sido mejor pasar el día de picnic con ponis? ¿O diseñando mi propio tartán? ¿O entregándome a cualquier otra actividad de las que ofrece el hotel? Por su parte, S. estaba convencida de que lo ideal era un largo baño en la tina de la *suite*, acompañada de una botella de vino. La paciencia y la observación conforman el instrumental del pescador con mosca; la paciencia y el humor, el de su acompañante. S. había demostrado poseer ambas virtudes. Era mi turno, pues: hora de guardar la caña y disfrutar de su compañía tanto como del paisaje.

UNOS DÍAS DESPUÉS REGRESAMOS A PERTHSHIRE Y quise concederle una última oportunidad a la pesca. Con ayuda del personal de Gleneagles, un hotel descomunal, con tres campos de golf, alberca y hasta cetrería, organicé una jornada en compañía de Yuri Janssen. Sudafricano de espíritu vivaz, Yuri ha pescado durante décadas alrededor del mundo y servido de guía a personajes como Yvon Chouinard y Henry Kissinger (por supuesto, no al mismo tiempo). Es el compañero perfecto: relajado pero meticuloso, atento al entorno pero rebosante de historias. Tenía pensado un sitio en el embalse de Glendevon, un cuerpo de agua encajado entre colinas y poblado de truchas marrones y arcoíris.

Con las cañas fijadas al capó de la Land Rover verde mar (mientras S. disfrutaba del hotel, con su bañera y su vino), atravesamos el valle ondulante de Glen Eagles, que da nombre tanto a la finca cercana como al hotel. El apelativo, según me explicó Janssen, no aludía a un lugar de aves, sino a un lugar de culto. Siguiendo el símil, avanzamos a lo largo de la nave junto a un muro de rocas que marcaba un camino de arrieros. Más allá de lo que equivaldría al campanario del Ben Shee, una masa de nubes oscuras se arremolinaba sobre



“Para pescar bien con mosca debes ir muy despacio, prestar suma atención a tu alrededor. No puedes llevar nada que no vayas a usar, ni física ni mentalmente”.

Ganado local pastando. Página siguiente: la muy esquivia trucha marrón.

nosotros con sospechosa intención. Era temporada de parto de corderos, las laderas estaban salpicadas de ovejas con lana apelmazada seguidas por sus flacuchas crías. En una hondonada marcada por huellas de cuatrimoto, un campesino perseguía entre el lodazal a una ovejita enferma —lomo hundido—, maldiciendo seguramente a todo pulmón. Janssen observaba todo, como si se tratara de un buen augurio, y bajó una marcha del Land Rover.

Glendevon estaba salpicado de truchas que rompían la superficie, de modo que entramos rebosantes de esperanza. De pronto, el aire se volvió denso y pesado, y el viento trajo consigo cuchilladas de lluvia. Fue justo ahí —azotado por el vendaval y el frío, con el agua metiéndose bajo la manga a cada lance y corriendo por mi brazo— cuando por fin el tiempo dejó de importar. Estaba pescando, tenía un nuevo amigo y me esperaba el calor del amor (con su tina caliente). Tal vez otros viajeros pesquen en Escocia más de lo que jamás hayan imaginado. Yo, en cambio, no iba en busca de peces, sino de paz. La vida dadivosa me hacía sentir feliz.

“Para de verdad estar presente en la naturaleza es necesario despejar la mente —me dijo Janssen. Y continuó—:

Para pescar bien con mosca debes ir muy despacio, prestar suma atención a tu alrededor. No puedes llevar nada que no vayas a usar, ni física ni mentalmente. Cuando te detienes a contemplar, ves cosas que nunca habías notado. Por eso nos llevamos a nosotros mismos a estos lugares tan difíciles de alcanzar”. Justo eso me había empujado hasta ahí, a aquella orilla salpicada de truchas, con lluvia y frío colándose por las muñecas y el viento filtrándose por una rasgadura en el pantalón.

Ni los días de pesca ni los de la vida son todos memorables. Pero a veces, de vez en cuando, aparece un instante que se atesora para siempre. Ese día, de pie junto a Janssen, a la orilla de Glendevon, se encendió en mí la sensación de observar a un compañero —agotado tras una caminata entre las colinas— dormir bajo el filo del último rayo de sol de la tarde. O la de estar sentado en silencio sobre una piedra cubierta de musgo junto a un río degustando *shortbread*, las galletas de mantequilla escocesas. O la de tomar el té en el jardín de unos amigos mientras su hijito juega ahí al lado. Momentos mínimos, silenciosos, todos ellos memorables. Lo demás no es sino ruido.

